

A. I. Vargas, A. Diego Armida, *En busca del cuerpo personal: más allá de la naturaleza y la subjetividad*

NUN, México, 2022, 200 pp.

En primer lugar, quiero felicitar a los autores por este libro. Es sorprendente que siendo el cuerpo algo tan evidente y palpable, apenas haya reflexión filosófica y teológica acerca de él. Es más, en la historia de la filosofía ha dominado el prejuicio gnóstico, que tiene sus raíces incluso en el platonismo, al considerar la carne como la cárcel del alma, como una realidad negativa y sometida a fuerzas oscuras, quizá por influencia del pecado original. De hecho, hace falta una reflexión positiva, que considere el cuerpo como lo que es, algo salido de las manos de Dios y, por tanto, bueno.

Fue Max Scheler quien señaló que la antropología debía empezar por el cuerpo. Desde luego, si se quiere hacer una antropología de corte universal, que sirva para todos los seres humanos, que busquen conocerse, el cuerpo es el escenario adecuado al presentar evidencias universalmente constatables y válidas, cualesquiera que sean sus creencias o convicciones.

Trabajo especialmente necesario para quien se propone profundizar en las novedosas afirmaciones de Karol Wojtyła, que aún no han sido recibidas ni asimiladas. El Papa filósofo, parte de la filosofía para hacer su “Teología del cuerpo”, expresión que chocó en su momento. Como es sabido su antropología se centra en la noción de persona y considera que el cuerpo es “expresión de la persona”. En este sentido es totalmente certero el enfoque y el título del libro: “En busca del cuerpo personal: más allá de la naturaleza y la subjetividad”.

1. *Dos aciertos importantes*

a) *La estructura del libro.* En primer lugar, deseo destacar la acertada estructura del libro, que repasa al *iter* del pensamiento filosófico sobre el cuerpo. Lo hace en un orden no cronológico. Partiendo de la confusión actual, que niega evidencias corpóreas, se repasan la concepción del cuerpo en la modernidad, donde están las raíces de la crisis y el confusionismo actual. Desde ahí se pasa a la antigüedad clásica, en concreto a las imprescindibles aportaciones, y se destaca que es imposible renunciar al concepto de naturaleza –como ha hecho buena parte de la postmodernidad– aunque no sea suficiente para llegar a la entraña peculiar del ser personal. Por último, se profundiza en la no-

vedad cristiana, que durante el humanismo europeo se ha identificado con frecuencia erróneamente con las aportaciones aristotélicas. En otras palabras, la tradición aristotélico-tomista es sobre todo aristotelismo debido a la pérdida del principal descubrimiento metafísico de santo Tomás, recuperado recientemente. Por otra parte, repensar la novedad cristiana necesita el contacto perdido con las fuentes patrísticas, que encierran una riqueza que está aún por explorar y desarrollar filosóficamente. Lo cierto es que filosóficamente hablando la principal aportación del pensamiento cristiano es la distinción entre *naturaleza* y *persona*, que se ha descubierto varias veces y posteriormente se ha perdido. Y según el pensamiento cristiano respecto a la persona, en palabras de Zubiri, “en la articulación entre intimidad, originación y comunicación estriba la estructura (...) última del ser” personal⁴.

En este libro dicho *iter* está certeramente teñido por la renovación que han supuesto de las tesis de Karol Wojtyła y de Leonardo Polo. Este último prosigue al auténtico santo Tomás de Aquino, aplicando la distinción *esse-essentia* a la antropología, cosa que nadie había hecho anteriormente. Perspectiva que abre el camino para desarrollar los temas más importantes de la antropología, como son el conocimiento y, sobre todo, la libertad y el amor como don de sí. De aquí que para hacer antropología no es suficiente con la metafísica clásica, sino que hace falta hacer antropología ontológica, en otras palabras, *antropología trascendental*, advirtiendo que hay niveles en el ser, y que el acto de ser del hombre es de otra categoría superior al acto de ser del cosmos.

b) *La belleza del lenguaje*. En segundo lugar, deseo destacar la belleza del lenguaje. Hay expresiones muy conseguidas. Entre ellas: “Éxodo personal desde el vientre materno a la trascendencia de la donación”, “El cuerpo, apertura con destinatario”, “El verdadero filósofo debe estar abierto a la verdad sin restricción, pendiente de toda fuente de transparencia”, “El cuerpo pastor de la intimidad”, “El cuerpo personal como una embriogénesis espiritual”.

2. Tres reflexiones

a) *La aportación de la modernidad*. Aunque Zubiri afirma sin dudar que, tras la pérdida de la noción de persona y el plano ontológico de la subsistencia en estériles debates de la tardía escolástica, el camino rehecho por la mo-

⁴ “El ser sobrenatural: Dios y la deificación en la teología paulina”, en *Naturaleza, historia y Dios*, 475.

dernidad pasando de la *res* o sujeto al yo, hasta llegar confusamente en Kant a la persona es erróneo⁵, no todo lo hecho por la modernidad es inservible, si se pone en el contexto adecuado. En concreto, la noción de subjetividad, aunque no es tan clara como la de persona, no es necesariamente equivalente a subjetividad cerrada en sí misma. Me ha sorprendido ver como algunos textos de magisterio de la Iglesia describen al hombre como “subjetividad relacional”.

b) *La dimensión innata del hombre*. En el texto se hace varias veces referencia a que para hacer antropología hace falta tener en cuenta tres dimensiones: lo biológicamente innato, la esencia y la persona. Y aunque la cuestión es certera, quiero llamar la atención sobre que lo innato no es sólo biológico. Lo innato, como su nombre indica es con lo que nacemos, lo recibido al nacer. Y cuando nacemos no sólo somos biología, también venimos con una dotación psicológica, en la que hay además de novedad herencia parental y, sobre todo, somos novedad radical por el acto de ser personal. Es decir, los tres estratos son innatos: el biológico, el psicológico y el ontológico. La operación libre, que irá construyendo la esencia, a través del cultivo de hábitos, parte de una dotación a tres niveles, y los hace crecer a los tres.

c) *El significado esponsal del cuerpo*. Ya al final del libro se hace mención, de pasada, al significado esponsal del cuerpo. Así se afirma: “El cuerpo humano, complementario en su masculinidad y feminidad, es signo visible de que el hombre no se comprende a sí mismo sino en relación. Por ello, la complementariedad sexual no es únicamente biológica sino esencial, más aún, refiere al significado de la coexistencia personal humana; el cuerpo personal, es a su vez, esponsal”.

A esto querría comentar que, en efecto, la complementariedad no sólo es biológica y esencial, también hay complementariedad personal. La relación se enclava ante todo en el ser, en el acto de ser. Es el acto de ser personal el que es abierto. Esto requiere esclarecer una relacionalidad ontológica constitutiva, anterior a la acción y con la que uno nace. Dicha relacionalidad humana es justamente la esponsalidad, que al ser dual y disyunta, no se puede ser varón y mujer a la vez, cada cual nace o varón o mujer, esponsalmente abierto. La esponsalidad configura dos modos de amar, que hacen posible la “unidad de los

⁵ “Hay que retroceder nuevamente a la dimensión, estrictamente ontológica, en que por última vez se movió la Escolástica, en virtud de fecundas necesidades teológicas, desdichadamente esterilizadas en pura polémica”: X. ZUBIRI, “En torno al problema de Dios”, en *Naturaleza, historia y Dios*, 426.

dos”, a imagen de la divina “unidad de los tres”. Polo dice que el ser humano no lleva dentro de sí su réplica. Es cierto. La réplica hay que buscarla, y encontrarla. Por eso es tan importante el “encuentro”.

Ahora bien, sponsalidad no es conyugalidad, ésta es una concreción de la sponsalidad innata. De ahí que se puede distinguir, como he escrito en algunos sitios, entre: a) *Sponsalidad*: es una estructura personal que configura disyuntamente el corazón humano y se manifiesta en el modo de amar. Cuando se ama a alguien se le ama siempre como varón o mujer, también a Dios. Cada persona sólo tiene un corazón para amar. b) *Nupcialidad*: añade un compromiso exclusivo con otra persona concreta y para siempre. Esto también es así en la virginidad o celibato apostólico (que requiere reflexión antropológica, tanto o más que el matrimonio). c) *Conyugalidad*: es un tipo de nupcialidad, que dura la vida terrena, con peculiaridades propias como la una caro: dimensión peculiar de la conyugalidad en el tiempo, que expresa con los cuerpos la unión más radical e íntima de la unión de las almas y la comunión de personas⁶.

Para acabar diré que este pequeño libro, que no llega a 200 páginas, tiene muchísima información, a veces implícita o simplemente incoada y necesitada de un ulterior desarrollo. Ya se dice desde el principio que va a dar una visión de conjunto sin extenderse en cada cuestión. La sensación al leerlo es la de un puchero en ebullición donde se están cociendo muchas cuestiones, que requieren una posterior maduración.

Parte de la riqueza de este libro, del que este ensayo es sólo el principio, es que está escrito a cuatro manos (las de Andrea y Alberto), acogiendo los recursos de la feminidad y de la masculinidad, cuya contribución conjunta siempre da como resultado la fecundidad, pues entre los dos pueden conseguir lo que cada uno no puede conseguir por separado. Así que animo a los autores a proseguir con este trabajo, que teniendo en cuenta su necesidad y la falta de aportaciones relevantes, puede rellenar una laguna y ocupar un importante lugar en la antropología que hay que desarrollar.

Blanca Castilla de Cortázar
DOI: 10.15581/013.25.242-245

⁶ B. CASTILLA DE CORTÁZAR, “Niveles de la diferencia sexuada”, en A. APARISI, *Hacia un modelo de sexo género de Igualdad en la Diferencia*, Tirant Lo Blanc, Valencia, 2020, 49-67. También en *Mujer; ¿Quién eres?*, vol. IV, 7.